

# La voz de Pedro Mari Baglietto

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

HISTORIADOR. CENTRO PARA LA MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO

El relato de la experiencia de las víctimas del terrorismo es una vacuna para que en el futuro no suframos las consecuencias de un nuevo brote de violencia

**A**l principio impactan, hasta duelen físicamente, pero las crónicas, las fotografías y los videos que muestran atentados terroristas acaban perdiendo su poder. No dejan de interesarnos, pero si dejan de provocarnos emociones profundas. El horror, si es frecuente, razonablemente lejano y no nos amenaza a nosotros ni a nuestros allegados, se transforma en rutina. Este fenómeno de desensibilización afecta especialmente a quienes nos dedicamos al estudio de la violencia, que a veces parecemos analistas fríos e impasibles. Así, al asistir hace unas semanas a una mesa redonda en la que participaban tres víctimas del terrorismo, sobre cuyos atentados ya había leído, tenía el convencimiento de que mi consta profesional impediría que su testimonio me afectara. Me equivocaba. La narración de Pedro Mari Baglietto acerca de la vida y la muerte de su hermano Ramón atravesó mis defensas.

Cuando cayó su voz, yo tenía un nudo en la garganta. No era el único: toda la sala guardaba un silencio absoluto. Conviene recordar su historia. El 21 de septiembre de 1962 Ramón Baglietto estaba diciendo de su tierra de musbes en Aizkoitia cuando vio pasar a una mujer con sus dos hijos: uno en brazos, de once meses, y otro de la mano, de dos años. A este niño se le escapó la pelota con la que estaba jugando, por lo que salió corriendo detrás de ella. Tuvo tan mala fortuna que se puso en medio de la trayectoria de un im-

parable camión pesado. La madre se lanzó sobre él para intentar protegerlo, pero, cuando cruzaba a su lado, Ramón consiguió arrancarle de los brazos al pequeño. La madre y el hijo mayor murieron arrojados. El menor se salvó. Se llamó Kandido Aizpiazu.

El 12 de mayo de 1980 el automóvil de Ramón Baglietto, militante de UCD, fue ametrallado por un comando de ETA militar cerca de Elgoibar. El vehículo se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. Ramón, aunque malherido, seguía con vida. El etarra encargado de darle el tiro de gracia fue Kandido Aizpiazu. No tardó en ser detenido. En 1981 la Audiencia Nacional le condenó a 49 años de prisión, pero fue excarcelado en 1995. Una década después Aizpiazu compró la criminalista situada en los bajos del edificio en el que vivía Pilar Elías, la viuda de Ramón Baglietto, con ruego que esperara su presencia, sumando una nueva victimización a las que ya había padecido.

Años, en 2001, el periodista alemán Erwin Koch había conseguido que Aizpiazu le concediera una entrevista. Entre otras cosas le preguntó cómo había sido capaz de matar a Ramón, el hombre que le había salvado cuando era un niño. Aizpiazu se de-

fendió alegando que él no era un asesino: había actuado «por necesidad histórica». Añadió «por responsabilidad ante el pueblo vasco, que es magnífico, que tiene una magnífica cultura, que habla una de las lenguas más antiguas de Europa, que nunca fue vencido por los romanos, ni por los visigodos, ni por los árabes. Un pueblo muy diamero al de los españoles».

Uno no nace terrorista. Se hace. Mera porque decide matar. Ahora bien, hay una serie de factores que trascienden esa elección. La voluntad de los etarras fue la chispa que provocó el incendio, pero este hubiera sido imposible si antes alguien no hubiese rociado todo de combustible. Como ha sucedido el exetarra arrepentido Iñaki Bekiarre, «el odio era la gasolina que me había hecho vivir durante muchos años». Tanto a Aizpiazu como a él les habían enseñado que entre «matados» vascos e «in-

vaseses» españoles existía un secular «conflicto» étnico que solo podía terminar con la eliminación física del «enemigo»: la nobleza del fin justificaba la bajeza de los medios. Como otros muchos jóvenes, habían sido adoctrinados en el odio por medio de la tergiversación de la historia. Como escribió Martín Alento, «está fuera de duda la existencia de un hilo de continuidad que lleva retrospectivamente desde los perpetradores materiales del acto final hasta los orígenes discursivos e ideológicos de los mismos». En el nacionalismo radical



JOSE BARRIOLA

existe una larga lista de propagandistas que se encargaron de crear y divulgar la narrativa del «conflicto vasco», animando a los jóvenes a matar. Hoy, apoyados por una potente industria cultural, siguen haciendo lo propio, aunque su objetivo sea otro: justificar los crímenes de ETA a posteriori.

Si bien la propaganda ultranacionalista es el caldo de cultivo propicio pues la aparición de la violencia, una voz legítima y creíble como la de Pedro Mari podada es el efecto contrario: insustancia contra el fanatismo o las nuevas generaciones. El relato de la experiencia de las víctimas del terrorismo es una vacuna para que en el futuro no suframos las consecuencias de un nuevo brote de violencia. Sin embargo, según los datos del Douzaberrametro de este verano, solo un 51,6% de los vascos estaban de acuerdo con que «los testimonios de las víctimas en las escuelas ayudan a deslegitimar el terrorismo entre los más jóvenes». El último Douzaberrametro, recién publicado, indica que el 66,3% de la población cree que es «normal y saludable» pasar «la página del pasado de violencia y conflicto políticos». ¿Sin haberlo leído? ¿Sin haber aprendido nada? Tal vez no sean los estudiantes los únicos que necesitan escuchar la **OPINIÓN** **de Pedro Mari Baglietto** el 26 de diciembre de 2016. **EL CORREO**